

# El murmullo de los tejados

Pseudónimo. Capitán Trueno

Mi padre aparcó el coche frente al cauce robado al Duero, donde unos patos nos miraban con la desconfianza de la familiaridad extraña; esa que tuerce el gesto, cuando se recibe la visita de un ser querido al que no se espera. Demasiado tiempo sin regresar a San Esteban, y ahora que lo hacíamos, era para arrancarle un poquito más de su historia. Como si la sangría sufrida desde la llegada de la crisis no hubiera sido bastante. En el rostro de mi padre, esa ambigua mezcla de cobardía y necesidad, le confería el aspecto de un árbol de tallo endeble; que a pesar de ello ha soportado varias tormentas, sin tener la certeza de lograrlo ante un nuevo vendaval.

—Oye, ve a buscar al abuelo y le vas comentando —dijo, sin encontrar el arroyo necesario para mirarme a la cara—. Si voy yo, ya sabes que la vamos a tener, y bastante duro es esto. Me marcho a la plaza, me tomo una cervecilla en el bar y me acerco cuando esté más tranquilo. Que tú con él tienes mano—concluyó, rodeando la orilla, para alcanzar la plaza a través del arco de la villa.

No le contesté. Le miraba alejarse, encorvado como un perro apaleado, que sabe que la recibida no es la última de las palizas que le quedan por sufrir. Aunque no sentí ninguna lástima por él. Al ver los dos carteles de madera, con el rótulo de “Se Vende” impreso en ellos, recordé el motivo del regreso a San Esteban de Gormaz, después de bastante tiempo sin hacerlo. En concreto, yo hacía casi seis meses que no visitaba al abuelo. En cuanto a mi padre...quién sabe. La relación entre él y el abuelo siempre había sido complicada. Más de lo que yo hubiera deseado, teniéndoles a ambos como

familia. Aunque como referente, quedaba meridianamente claro quién llevaba ventaja en mis preferencias para ejercer como modelo. Sin ningún deseo de encontrarme con mi padre, crucé por la calle Posadillas, pasé frente a los recreativos donde dejé buena parte de la paga durante mi mocedad, y caminé hasta la calle San Juan, donde se encontraba la casa del abuelo. El hogar donde transcurrió buena parte de mi infancia, y la totalidad de la de mi padre. Aunque fuera incapaz de recordarlo.

Al llegar encontré la puerta de su hogar cerrada a cal y canto, con un folio adherido con celo, que decía: “Estoy arriba”. Una frase tan sencilla como descriptiva. Me recosté sobre la pared del ultramarinos “La Aldeana”, cuya leyenda aún espejeaba, deslavada, sobre la fachada en la que cada vez ganaban más terreno los desconchones, y envié un escueto mensaje por whatsapp a mi padre: “Estamos en la bodega”.

Con las prisas que imponía la situación y alzando el cuello de la cazadora, para cobijarme del frío que el noviembre en curso, debía regalar el alto mediado el día, ascendí hasta las bodegas, girando por la calle del hospital, mirando de soslayo la entrada del bar, donde mi padre amortiguaba sus remordimientos entre trago y trago.

Mientras subía hacia las bodegas, me maravillaba, una vez más, con el bello paisaje que siempre me había parecido esa atalaya en la falda del castillo. Todas aquellas pequeñas bodegas, tan diferentes entre ellas, como hermanos de distinto padre amamantándose de los pechos de piedra y barro de una única nodriza. Construcciones amorfas de piedra y teja, de ladrillo y madera, donde el aroma a vino joven en tiempos de trasega, hacía salivar a forasteros y oriundos. Mi abuelo hacía años ya que no elaboraba su propio vino en el vientre de piedra de su pequeña bodega. Y aun así, cada vez que me llegaba hasta ese lugar, esos recuerdos de infancia que logran nimbar sobre la neblina de la desmemoria, me llevaban al olfato los viejos perfumes de niñez, cuando de

la oscuridad de las escaleras, que finalizaban en la choza, emergían aquellos característicos aromas a roble y mosto.

Recorrí la ladera de la primera línea de bodegas y allí le encontré, sentado sobre una bancada de piedra junto a una mesa del mismo material, mientras esperaba con paciencia, que las brasas que crepitaban en un asador de piedra y argamasa, terminaran de asar unas piezas de chorizo y otras tantas de panceta. Cada vez que la grasa del chorizo se desplomaba sobre las ascuas, una lengua de fuego asomaba por debajo de la parrilla, lamiendo el trasero de la pitanza que mi abuelo preparaba con mimo.

—Ya estáis aquí —anunció con una media sonrisa, que no diluía empero, esa sensación de derrota, que se instala en el rostro del anciano, cuando intuye que acaba de dejar de ser dueño de sus propias decisiones.

—Hola, abuelo —le saludé, regalándole un par de besos en las mejillas, ásperas como la lengua de un gato.

Me senté frente a él y señalé con el dedo índice el relieve del jersey, a la altura del pecho. Él lo miró y palmeó las costuras, tratando en vano de ocultar el característico contorno del paquete de tabaco. Un vicio que no había logrado quitarse, por más que mi abuela, a la que llorábamos desde hacía más de una década, le pidiese en su día mil y una veces que lo dejara.

—Fíjate tu abuela, tan sana ella, que se cenaba cada noche una manzana, porque decía que eso era salud, y a mí me renegaba porque le dedicara el postre a mi amigo Ducados —me dijo, adivinando el origen del mohín ensoñado, que seguramente había adquirido mi rostro al recordar a la abuela—. Y va y se me muere así, de golpe. ¡Para que luego digan! Eso sí, te juro que sólo me echo un pitillito al día —me aseguró—. Bueno, dos si me subo a almorzar a la bodega.

—¿Y subes andando?

—¿Cómo voy a subir entonces, si los de la DGT me han quitado el carnet, los muy canallas?! —bramó, frunciendo el ceño.

—Pues que las escaleras están ya muy empinadas, para esa cadera tuya.

—Las escaleras están como han estado siempre, que no se han movido —me regañó—. Y mi cadera, para eso y un poquillo más, todavía me aguanta. No te creas.

—Abuelo ¿Cuántos años vas a cumplir, ochenta, ochenta y uno? —aventuré, sabiendo que me quedaba corto. Convirtiendo la pregunta en un cumplido.

—Ochenta y cuatro los próximos que celebre, el trece de febrero, por si lo has olvidado —dijo, mientras se levantaba, le robaba el chorizo y la panceta a las brasas, y arrimaba a la lumbre un par de tueros de madera, que esperaban su turno al costado de las ascuas, para arder cuando terminara de asar las viandas—. Pero por la llamada de tu padre del otro día, no sé si los voy a cumplir en mi pueblo. ¡Tócate los huevos! Ochenta y cuatro años aquí, y ahora quieren que me muera lejos. Eso no se hace, eso no se hace —repitió con una amargura que reverberó entre las endeble paredes de mi entereza.

—Abuelo...—comencé a decir, aunque deje en el aire la frase, consciente de que no lograría convencerle de que lo mejor era que se viniera a la ciudad con nosotros.

—Tu padre, desde que se separó de tu madre, no sabe dónde poner el huevo. Y se piensa que arrastrándome a mí a Soria, va a ser diferente. Pero no es así —Había plomo en sus palabras. Una pesadez en su soliloquio que le doblaba el labio—. Y si te ha traído a ti, es porque sabe que eres la persona que más quiero y a la única que voy a hacer caso. De verdad te lo digo, y en tu espalda recae el peso de la decisión, por muy doloroso e injusto que sea para ti —me reveló, haciendo que la sangre pareciera espesarse en mis venas—. Lo que tú digas voy a acatar, como si fuera un trapacero barbilampiño, al que van a castigar por una barrabasada.

Mi abuelo, ese anciano que mientras hablaba, había ido colocando lo asado sobre un plato que mediaba entre ambos, junto a dos vasos, que más tarde llenó con un buen vino de año, durante toda su vida había presumido de ser un hombre bizarro y decidido. Jamás le había visto reblar ante cualquier problema, o dar la espalda a la responsabilidad, erigiéndose por edad y derecho, en la cabeza visible de todo el apellido. Era, como le gustaba decir, un soriano de pro, un hombre acostumbrado a lidiar con unas tierras ingratas y unas temperaturas de justicia, ya fueran las sofocantes de verano o las gélidas de los meses fríos. Un hombre, a fin de cuentas, al que la naturaleza y el carácter de los de la tierra, le habían dotado de la fuerza y la sabiduría parda, necesarias para no necesitar nada de nadie. Y en aquel momento, sin embargo, se encomendaba a mi decisión. Al dictamen de una persona que todo lo importante de la vida lo había aprendido de él. Como cuando de crío, en la casa de la calle San Juan —de la que pronto colgaría, como un reo del cadalso, un cartel de “Se Vende”— y mientras la abuela preparaba unos torreznos, él se sentaba a mi lado, y juntos leíamos ajados tebeos de Roberto Alcázar o El Jabato. Ese mismo hombre que me enseñó a leer, ahora dejaba su futuro en mis manos. No era justo; ni para él, ni para mí.

—En la ciudad estarás mejor. Allí tienes a tu hijo, a mis hermanos, a mí —le dije, mientras recogía un trozo de panceta, lo posaba sobre una rebanada de pan, y lo miraba como si en él residiera la verdad sobre el significado de la vida...de nuestra vida—. Ya eres mayor, y aquí solo, en San Esteban, cualquier cosa que te pase en casa, sin nadie contigo...ya sabes —recité, haciendo mías las palabras que había escuchado de los labios de mi padre, en mil ocasiones.

—En esa ciudad vuestra no tendré un lugar así —dijo, abriendo los brazos mientras se levantaba, mostrando el paisaje infinito que se desplomaba sobre los tejados del pueblo.

—Abuelo, son sólo tejados —repliqué, cada vez con menos convicción—. Algunos más viejos, los menos más nuevos. Otros más altos, como los de la parroquia, otros que ni se ven como...

—Pero todos con su historia —me interrumpió—. Incluso la de los tejados que el tiempo y el abandono ha devastado.

Con el dedo índice extendido fue recorriendo algunos de los tejados que daban forma a la cúpula del pueblo, como si en cada uno de ellos pudiera encontrar un retazo de su propia historia.

—Aquella era la casa de mi primo Ginés, durante muchos años no hubo quien nos ganara al guiñote. Aquella otra, la que tiene medio tejado derrumbado, era la de mi tía Teresa. Mira que he vivido años, y no he conocido otra mujer que prepare como ella las sopas de ajo. Cada vez que de crío podía llegarme a su casa, era un regalo para el paladar —mi abuelo hablaba con una sonrisa ensoñada curvándole los labios. Era como si mientras hablara, la lozanía pretérita regresara a él con premura—. Incluso puedo ver el campanario de la parroquia donde tu abuela me juró amor eterno. Y buena parte del puente de dieciséis ojos, donde ennoviamos a espaldas de nuestras familias, y donde nos encontrábamos a diario, sólo para pasar uno junto al lado del otro, y rozarnos nuestras manos al cruzar por mitad del Duero. Eran otros tiempos, había pudor —matizó.

Y así podría hablarte de un tejado y otro. Del de la casa de Guillermo, que en paz descanse, mi amigo del alma. De la casa de Severo, el hijo del boticario, amigo nuestro de infancia, al que se lo llevó una meningitis cuando era un chiquillo. Hasta el tejado de la posada Yáñez, donde pasamos la noche de bodas y engendramos a tu tío Julián. Todo, todo está aquí —sentenció melancólico—. Si en cuanto tengo ocasión subo aquí, no sólo es para disfrutar de la bodega y de los asaditos que me regalo de ciento en viento. En realidad, la mayoría de las veces es para deleitarme con el murmullo de

esos tejados, y de cómo ese gorjeo me deja volver a disfrutar de todos los instantes que han dado forma a mi vida. Una vida que no ha tenido otro escenario que el de San Esteban. ¿Es que no puedes escucharlo, es que no puedes oír el arrullo de esos tejados? Aquí también está parte de vuestra historia. Lo que vivimos se queda impreso en cada trozo de asfalto, en cada adoquín, ladrillo o teja. Escucha, escucha el bisbiseo de esos tejados. Puedes hacerlo, debes escucharlo —me imploró, mientras el destartalado Seat Ibiza de mi padre, se acercaba hasta la bodega, y detenía el motor en mitad del único tramo asfaltado que recorría la falda del monte.

Miré hacia aquellos tejados y después cerré los ojos con tanta fuerza que creí que mis párpados iban a solaparse. Fue entonces cuando pude sentir aquello que mi abuelo escuchaba, cuando el murmullo de los tejados me acarició el oído y abrigó mi alma, con recuerdos de infancia que creía olvidados. La casa de mi amigo Andrés con el que me tiraba en patinete por las cuestas más empinadas. El susurro de la casa de Elenita, mi primer amor y decepción, a la que besé en la carpa, durante el más maravilloso carnaval que he vivido, y con el que aún sueño a veces. La casa del tío Vicente, sin duda el que mejor paga nos daba cada semana. Los recuerdos llegaban a mi memoria, formando un racimo con granos de piel crujiente y pulpa azucarada. Como la de las uvas que de pequeño llevaba hasta aquella vieja bodega, para que mi abuelo las convirtiera en mosto y más tarde en vino. El vino que después me untaba en pan, con un poco de azúcar para merendar, y cuyo sabor no había vuelto a rescatar en la memoria del paladar hasta aquel momento.

Volví a abrir los ojos y una ráfaga de viento invernal me erizó la piel. Las brasas comenzaban a menguar, convirtiendo el antiguo fuego en cenizas. Hacía frío; un frío que calaba hasta más allá de los huesos, hasta el mismo pozo donde se esconde y cobija

el alma. Asentí en silencio y crucé frente a mi padre, mientras mi abuelo se sentaba de nuevo en el asiento de piedra, y se llevaba un trozo de chorizo asado a la boca.

—¿Has hablado con él? —me preguntó mi padre cuando pasé a su lado, dejando en el ambiente un denso aroma a cerveza.

Sin responderle, abrí el maletero del coche, agarré los dos carteles de madera con el rótulo de “Se Vende” y caminé hasta el asador. Apoyé los anuncios contra la mesa, y en no más de tres o cuatro golpes de pie, los transformé en trozos que entraban perfectamente en el asador. Los eché al interior, y las llamas brotaron con prisas, apresando al vil letrero.

Después me senté junto a mi abuelo en silencio, agarré también un trozo de chorizo y lo mastiqué con calma, sin ningún tipo de prisas, sintiendo como el fuego de la creciente hoguera nos calentaba. Mi padre, derrotado, se sentó frente a nosotros y mi abuelo le acercó el plato. Eligió un pequeño trozo de panceta y lo mordisqueó con lentitud, como si fuera un ratón cauteloso, que roe el trozo de queso que le acaba de regalar el gato. Asintió con la cabeza y sonrió, aunque había más resignación que alegría en su gesto.

Claro que había hablado con el abuelo. Él lo había hecho conmigo, y los tejados de aquel eterno pueblo, donde se murmuran historias pasadas, presentes y futuras, lo habían hecho con ambos. De hecho, viendo como las llamas cercenaban un exilio que ni siquiera debía haberse urdido, los tejados dejaban de murmurar para convertir su arrullo en un grito. Uno que nos juraba que aún les quedaban muchas historias por contar; tantas como las que nos quedaban a nosotros por vivir en aquellas calles, bajo el abrigo de esos mismos tejados.